

AGENDA CIUDADANA

ENTRE NAPOLEON Y UN GOBIERNO DESNUDO

Lorenzo Meyer

El Antiguo Régimen Murió...Pero Sigue Vivo. En México cualquier viejo régimen tarda mucho en morir. Así, nuestro país dejó de ser colonia en 1821 pero las relaciones de poder entre las clases sociales siguieron siendo las mismas por un siglo más. Porfirio Díaz cayó en 1911 pero la estructura latifundista –la característica central de su régimen- sobrevivió hasta que Lázaro Cárdenas le puso fin un cuarto de siglo después. Algo similar ocurre hoy: formalmente el régimen autoritario del PRI llegó a su fin en el 2000, pero en la realidad sigue vigente en áreas clave de nuestra vida pública.

Muchos de nuestros actuales problemas políticos se pueden explicar por la persistencia de conductas y actitudes forjadas en la vieja antidemocracia. Y para comprobarlo no tenemos más que volver la vista a la persistencia de la corrupción pública, a la resistencia al cambio de estructuras, a la imposibilidad de modificar las estructuras sociales, a la persistencia del sindicalismo espurio, etc.

Napoleón I y II. Una mortal explosión en una mina de carbón hace dos meses y medio sacó el drama minero de los socavones para exponerlo en los medios y en las calles de la Ciudad de México como un caso agudo del síndrome kafkiano –las incomprensibles razones de la sin razón- tan común en nuestra vida pública.

La minería fue el eje de la liga entre la economía de la Nueva España y la mundial, y la plata fue el corazón de esa actividad que, en su momento, llegó a ser de las más prósperas del mundo. En vísperas de su independencia, la Nueva España era la colonia más productiva de la vieja España y donde operaban tres mil minas en 37

distritos mineros, con Guanajuato a la cabeza. Los grandes mineros eran ricos en extremo, pero la vida de sus trabajadores era uniformemente miserable. No debe sorprender que muchos de ellos, representados por el mítico “Pípila”, se sumaran a la rebelión de Miguel Hidalgo en El Bajío. La dura lucha que siguió inundó e inhabilitó minas y puso fin a la bonanza de la época. La minería sólo salió de la depresión al final del siglo XIX, con inyecciones de capital externo, tecnología y diversificación.

Al volver a estallar el conflicto social en 1910, la minería mexicana combinaba ya la extracción de plata en gran escala con la de metales industriales: carbón, plomo, hierro o cobre. Fue en ese ambiente dominado por la gran empresa internacional y las técnicas modernas, que apareció el auténtico proletariado minero y sus sindicatos. Naturalmente ese sindicalismo y la Revolución Mexicana se mezclaron.

Como cien años atrás, los mineros alimentaron a los nuevos insurgentes, a los revolucionarios, particularmente en el norte. Esta vez, sin embargo, la lucha afectó poco a la actividad minera misma. Para el momento en que los vencedores empezaron a institucionalizar su régimen, los casi cien mil mineros cuya producción equivalía al 9% del PIB, eran también una fuerza política muy atractiva. Primero se tejió una alianza y luego una subordinación de los mineros –y de ferrocarrileros, textiles, petroleros, etc.- con la lógica e intereses de la nueva clase política, que les necesitaba para dar forma a un régimen corporativo y de partido de Estado.

La ininterrumpida modernización de la industria en los siglos XIX y XX no llevó a un mejoramiento significativo de la seguridad o de la calidad de vida de los mineros, que siguió siendo tan precaria o dura como antaño. Así, sólo entre 1906 y 1910 y en Coahuila, perdieron la vida medio millar de mineros en accidentes causados, principalmente, por la negligencia de las empresas. (Ramón Eduardo Ruiz,

La revolución mexicana y el movimiento obrero. 1911 – 1923, Era p. 18). El actual Sindicato Nacional de Trabajadores Minero-Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (SNTMMSRM) nació en 1934, en una etapa de reacomodo entre sindicatos y gobierno, reacomodo que, en el cardenismo (1934-1940), dio paso a una de cooperación para desembocar en la posrevolución en Fidel Velásquez, la CTM, la corrupción sistemática del liderazgo obrero y la subordinación a la línea política y económica adoptada por el presidente en turno.

Como en el caso de los otros grandes sindicatos, el minero también quedó bajo el control de un grupo cerrado, nada democrático y que desde 1960 fue encabezado por Napoleón Gómez Sada. Tras cuarenta años de permanecer como secretario general, Gómez Sada decidió, ni más ni menos, que heredarle el puesto a su hijo, el hoy inencontrable Napoleón Gómez Urrutia.

Ese tipo de cambio de guardia era inédito y llevó al extremo el viejo estilo de control patrimonial priísta pero, lo más notable, es que tuvo lugar ya dentro del nuevo régimen. La Secretaría del Trabajo foxista no puso entonces ningún reparo al despropósito sino que lo avaló de manera explícita. Sin embargo, hoy y posiblemente a instancias de intereses empresariales, decidió dar marcha atrás, pero también al estilo priísta: sacándose de la manga e imponiendo mediante la tristemente célebre “toma de nota” a un secretario general que no tiene más apoyo que el del propio gobierno. Y fue justamente esa contradicción –un golpe, hasta ahora fallido, al estilo del propinado por Carlos Salinas a Joaquín Hernández Galicia (“La Quina”) en 1989 en el sindicato petrolero- la que llevó al gobierno a la colisión con una buena parte del movimiento obrero organizado.

Contradicciones Viejas en Gobierno Nuevo. En estos días el problema minero se ha expresado en movilizaciones pero, sobre todo, en el violento choque entre policías y trabajadores en huelga en la planta de Sicartsa en Lázaro Cárdenas-Las Truchas, en Michoacán. No mucho tiempo atrás, el 19 de febrero, la expresión de ese mismo mal tuvo lugar en la mina Pasta de Conchos, en San Juan Sabinas, Coahuila, donde una explosión por falta de seguridad costó la vida a 65 mineros. A raíz de esa tragedia afloraron todas las contradicciones y conflicto de intereses entre mineros, sindicato, empresas y gobierno.

La diferencia realmente honda, histórica, es entre los mineros del carbón que ganan 700 pesos a la semana por un trabajo tan duro como peligroso y todos los demás actores: cúpula sindical, empresa y gobierno. Sin embargo, el motivo inmediato del choque violento entre el gobierno y los obreros y líderes del SNTMMSRM, fueron las decisiones contradictorias e ilegítimas tomadas por la Secretaría del Trabajo (ST). Cuando la ST formalizó a Gómez Urrutia como secretario del sindicato minero buscaba administrar el viejo *status quo* y la paz obrera sin importar que el personaje nunca hubiera sido realmente un trabajador minero o metalúrgico sino un tecnócrata: economista de la UNAM que luego curso un postgrado en la universidad menos obrera del mundo: Oxford. Así, en pleno foxismo, se aceptó como válido el único título que Gómez Urrutia tiene para ser líder del SNTMMSRM y que en una democracia es inaceptable por ser el mismo que se invoca en Corea del Norte, donde Kim Jong Il es el jefe del Estado (formalmente jefe de la Comisión de Defensa Nacional) sólo por ser el hijo de Kim Il-sung, el anterior ocupante del cargo. En efecto, en mayo del 2000, Napoleón Gómez Sada había impuesto a su hijo como secretario general suplente pero el gobierno priísta de entonces no lo reconoció. Ese reconocimiento llegó con Vicente

Fox, después de que en el 2001, y a los 87 años de edad, muriera Napoleón I y la oligarquía minera decidiera prolongar la situación imperante con Napoleón II.

Kafka en Michoacán. Como resultado de la prolongación del priísmo sindical en el foxismo es que hoy se tienen dos obreros muertos en Michoacán en defensa de un líder que nunca fue minero, que nunca se preocupó por las condiciones de seguridad de los trabajadores del carbón y que está acusado de beneficiarse con varios millones de pesos que una empresa le entregó para distribuir entre los trabajadores. Por otro lado, se encuentra un gobierno supuestamente comprometido con el cambio que primero, y para no cambiar nada, reconoció al líder corrupto pero posteriormente, y a instancias de poderes empresariales -los grupos Minera México y Villacero-, lo desconoció para sustituirlo e imponer en su lugar y sin tomar en cuenta a los trabajadores, a un personaje similar, bien visto por los empresarios.

Sólo Franz Kafka, que retrató como nadie el espíritu que preside las estructuras burocráticas y de poder modernas –la razón de la sinrazón-, no se hubiera sorprendido por la evolución del problema minero mexicano. Sin embargo, lo que se suponía que se había logrado con la salida del PRI de la presidencia, era poner fin a la parte absurda e ilegítima de la política mexicana. Por lo visto, la tarea sigue postergada.

RESUMEN: “En México todo lo políticamente viejo tarda mucho en morir. El régimen autoritario del PRI llegó a su fin en el 2000, pero en áreas clave de nuestra vida pública sigue tan vigoroso como siempre.”